

El impulso que transmitió el avión al impactar en su primer contacto con la pista de aterrizaje se distribuyó de manera que de entre todos los pasajeros a Francisco Martí, para nosotros Paco, provocó tal flexoextensión cervical que padeció molestias posteriores durante dos horas. En ese mismo instante en el que la goma del neumático friccionaba con las grietas del asfalto, a 45 km de allí Óscar estaba cerrando el portafiltro de la cafetera donde trabajaba dispuesto a poner el último café de la jornada. Óscar dejó su uniforme en la taquilla de la cafetería, cogió su mochila llena de artículos impresos con revisiones sistemáticas, ensayos clínicos aleatorizados y otros nombres impronunciables para los que no somos del gremio de la Investigación. Pesaban más los libros para afianzar el idioma del país donde emigró para desarrollar sus inquietudes científicas pero eran parte más de su cuerpo aquellos primeros meses de adaptación. La escuela de idiomas le había aportado base pero sabía que no tenía recursos para defenderse aún en su mundo, el de la Ciencia.

Pedaleaba con fuerza de un chaval de veintimedios a la vez que iba memorizando el nombre de las calles concentrándose en la pronunciación perfecta, pensando en que solo le quedaban un par de meses más de trabajo en aquella cafetería para poder presentarse al examen oficial de idiomas y obtener la calificación que necesitaba para poder empezar a trabajar en el laboratorio en que había sido preseleccionado.

Al ritmo del pedaleo de Óscar, los dedos de Paco escribían un mensaje de whatsapp a su hermano, para que dijese a su madre y sus otros hermanos que había llegado bien y se estaba dirigiendo al hotel. No comentó nada de sus molestias en el cuello, demasiadas preocupaciones tenían ellos ya con él después de su divorcio. La crisis de los 50, un viaje de trabajo, ocio, la presión del reparto de los bienes tras el divorcio... la

variedad de posibilidades que rondaban en la cabeza de su madre eran muchas y casi ninguna certeza. Paco no era un turista cualquiera, había cogido el hotel más escondido, con mejor precio y de mayor calidad que había en la ciudad. Algo de ventaja tiene haber sido parte de la piel de aquella ciudad durante todo un curso académico. Hacía años, bastantes años de aquello pero otro nuevo caudal de circunstancias lo arrastraron de nuevo allí.

Un giro del taxista del volante mientras cambiaba la emisora de radio en la misma esquina en que la mirada de Óscar se posaba para ver el nombre a la vez que pedaleaba y la película de agua por la lluvia sobre el asfalto que barnizaba las calles de la ciudad hicieron que el muchacho aterrizase de bruces contra la carretera.

—¡Me cagooooo ennnnn...! ¡Mira por donde vas garrulooo!—gritaba el ciclista dejando muy apartada la gramática del idioma que estaba perfeccionando—

El taxista se bajó del coche, aturdido por la incapacidad de comprender al chico y con la incertidumbre de no saber muy bien hasta donde le llevaría ese descuido, ¿Perder un cliente por tener que llevar al chico al hospital? ¿Una pelea enrabiada?...

—Jooooderr chaval, ¿estás bien?—preguntó Paco saliendo como un proyectil hacia Óscar —La ostia, vaya piñazo, ¿cómo no vas mirando a la carretera como todos?—concluyó haciendo pinza en el hombro de Óscar —

—¡¡Va a ser mejor quedarse en la casa de uno!!Acaba uno de salir de trabajar y de propina un porrazo...Diossss...—le contestó Óscar con cierto desdén y observándose las pequeñas heridas que se había hecho en las manos al amortiguar el golpe—

No se dieron cuenta que eran dos personas que compartían al menos un 75% de la placenta cultural que había nutrido sus vida en en mitad de una ciudad a mas de 2000 kilómetros de la suya. Quizás por cierto miedo a ese guerracivilismo sociológico petrificado en los estratos más recalcitrantes de nuestra conciencia, por miedo a abrir

grietas de nostalgias, por luchar contra la fuerza que puede tener el azar de un encuentro, por no hacer dogma de una casualidad.

—Oye chico , te llevamos al hospital ¡Súbete! —Gritó Paco intentando rotar con la palma de su mano el cuerpo de Óscar el taxi—

—Estoy bien, estoy bien. No pasa nada. Solo es eso, un mal día. Después de estar 10 horas currando sales y te la pegas fastidia mucho—Repuso Óscar mientras se amoldaba su sudadera y levantaba su bicicleta del suelo—

—Entiendo chico , lo siento mucho. Ha sido un accidente, lo bueno es que estamos todos bien no ha pasado nada grave. Espero que al menos el trabajo no fuese de repartidor en bicicleta—contestó Paco a la vez que hacia un gesto al taxista de que todo iba bien—

Que va al menos me daría el aire, trabajo en esa cafetería de la esquina—respondió Óscar con cierta ironía a la vez que intentaba crear cercanía para irse sin parecer maleducado—

Lleva cuidado chaval—voceaba Paco mientras Óscar se perdía entre la niebla levantando el brazo por cumplir la despedida—

El tiempo fluye. Se hace palpable cuando vuelves a reencontrarte con lugares en los que los años han ido cincelandos a su antojo. La piedra pierde grano a grano su consistencia y Paco sabe que volver a visitar aquellas obras arquitectónicas que hacia décadas que no veía, solo era para hacerse consciente de que su cuerpo no podía ser inmune a esa entropía del Tiempo. Esa mañana de peregrinaje después del viaje del día anterior era un pequeño gozo para el alma. Había recorrido aquellas aceras mojadas decenas de veces, con amigos que aún conservaba de aquel año del recién estrenado programa Erasmus. Siempre repetía la misma frase a sus sobrinos “aunque hubiese tenido que tardar el doble de años en sacarme mi Licenciatura, mi Erasmus no lo cambio por nada”

Paco paseó por cada baldosa de la ciudad, visitó su antigua facultad quedó estupefacto con la nueva biblioteca que habían construido, fue a ver quien dirigía el departamento de economía internacional donde hizo su tesina a ver si algún antiguo compañero formaba parte ahora de ella pero no hubo rastro de ninguno. Los bares por los que pasaba explotaban flashback en su amígdala, caras, tragos, risas. El pulso no lo estaba ganando y él lo supo cuando fue a la calle donde tenía su piso de estudiante. Paralizado en la puerta, aún con el mismo marco pudo colarse en el edificio, llamando a modo de cartero impaciente a todos los pisos por igual. Parado frente la puerta de la que fue su casa la intensidad del recuerdo hizo que cayesen dos lágrimas que parecían que iban a saltar horizontalmente con la fuerza de una presa, pero en el momento que salieron al mundo y rozaron la atmósfera todo vino a menos. Solo se escurrían por su rostro hasta chocar con su barba y se disipaban entre el nihilismo que habita entre vello y vello. Salió acelerado del edificio con un tormento de ideas tronando su conciencia. Anne estaría casada con algún amigo suyo de Bellas Artes, tendría 3 hijos y sería profesora de Biología como tenía pensado. Pasaría sus fines de semana en una modesta casa de campo con un huerto como habían soñado juntos durante su pasional noviazgo. Sería votante de centro izquierda, con tendencia cada vez más a la liberal en cuanto a lo económico, colaboraría en una ONG y seguiría escuchando a The Police. No tenía sentido lo que estaba pensando. No era viable, ni elegante. No en su situación. Después del divorcio y con sus asuntos de por medio. Vitales o no. El doctor lo diría el lunes siguiente. No podía ser tan cobarde de buscarla ahora después de 20 años, como el niño que se queda jugando solo en la arena y va con la fuerza de un imán edípico a buscar calor maternal. No.

Cabizbajo con sentimientos encontrados, Freud hizo su trabajo, y en media hora después de haber salido de su antiguo piso de estudiante estaba en la cafetería en la que trabajaba Óscar.

Las apófisis articulares de su columna cervical ya estaban en su sitio, sentado en la mesa más escondida del café sacó su blog de notas y empezó a gestionar unos asuntos que tenía pendientes de trabajo. Ya había avisado en su empresa de que estaría 2 días fuera por motivos personales y no podría estar localizado. Su jefe prefirió eso a otra semana de resaca después del divorcio con María. En la oficina lo querían. Asesorar en qué país invertir con el dinero de otro es fácil. Su becario sabría apañárselas, él lo había entrenado bien.

A Óscar aún le molestaba la mano. Al salir de su edificio y agarrar de nuevo su bicicleta para ir a la cafetería notó un calambrazo que sacudió en milésimas de segundo todo su brazo. Al entrar en la cafetería pensó instantáneamente en ponerse hielo en la mano antes de empezar su turno cuando de repente vio a Paco haciendo papeleos y llamadas desde la “mesa de edarling” como la llamaban los compañeros entre bromas.

—¡Tú por aquí! ¿Qué haces aquí? —preguntó Óscar con una mezcla de indignación y agradecimiento—

—Chavaaaaaal ¿Qué tal? ¿Cómo estas?— preguntaba Paco doblando la cabeza al mismo tiempo que se preguntaba a si mismo qué diablos hacía allí—Soy Paco, perdona, pero ayer con el ajetreo del golpe no pude presentarme. Estoy unos días de vacaciones y ya he visitado mi antigua ruta—contestó con un relámpago de carcajada—y he decidido venir a verte.

—Me llamo Óscar, encantado. Gracias por venir a verme- respondió el chico deshaciéndose de la coraza que había tenido hasta ahora—Estoy mejor, alguna molestia pero se pasará rápido.

Dialogaron los 30 minutos que quedaban para que Óscar empezase su turno. Se contaron sus vidas aunque tenían poco que ver. Un asesor de empresarios con un chaval que ganaba 700 euros y solo soñaba con trabajar en un laboratorio para ganar unos cuantos de euros más. Una franja de edad distinta, uno de los *Zeppelin* otro a *Extremoduro*. Uno leía a *Fitzgerald* otro a *Punset* y *Asimov* y así infinito. Fue esa dialéctica, la contradicción la que los unió aunque solo fuese a priori de forma esporádica y débil, la suficiente atracción como para salir a tomar un trago después del trabajo de Óscar.

Lo étlico es, a veces, un buen catalizador de lo emocional. Óscar le enseñó la *fiesta* actual a Paco, que había vivido mucho más en nocturnidad y alevosía aquella ciudad 20 años atrás. Quedó un poco decepcionado. Sumergido en una extraña sensación de no poder revivir en cierto grado aquellos años y la aceptación de la fluidez del tiempo. No estaban los bares donde tocaban aquellos grupos *underground* en los que tocaban sus amigos. No estaban los bares de comida rápida que visitaban como un peregrinaje antes de acostarse después de unas copas. No estaba el restaurante donde invitó a cenar la última noche a Anne, no quedaba. Caminando de regreso el alcohol tamizaba cada vez más superficie de venas. Pararon en el café donde Paco solía quedar para hablar en intimidad. Había Jazz en directo todas las noches, de frente se encontraron de nuevo otros estratos de la conciencia que los grados de alcohol habían abierto.

—Eres un gran tipo Óscar. Admiro mucho tu vocación altruista y humanista. La Ciencia es el futuro, sin Ciencia. Prométeme, júrame que vas a seguir formándote y volverás con un gran descubrimiento a España. Tienes que investigar el cáncer, tu eres ....—balbuceaba Paco—

—Jajaja Bueno no creo que pueda decir los mismo de ti, pero eres un gran tipo—contestó Óscar con tomando confianza como quien da una coordenada en hunde al submarino—

—¡JAJAJA! Entiendo... me ves acorazado, con un traje, ahorcando con mi corbata el cuello de tus ideales de juventud. Quizás tengas razón... pero antes de eso, vine aquí para estudiar alternativas económicas, antes de eso hice mi tesis sobre Adorno, Horkheimer y Friedrich Pollock, llevé melena, escribí poesía y me colé en trenes sin saber a donde iban. Antes de eso fui libre. Todo cambio cuando volví a España—relataba Paco salivando sus palabras en nostalgia—

—Vaya cambio ¿Qué pasó? —preguntó Óscar con cierta timidez-

—Una mujer—contestó Paco—solo fue eso. Y eso fue Todo.

Ya estaba bien por hoy. Eran demasiadas emociones para soportarlas todas a la vez. Paco sentía el miedo a que el médico el próximo lunes le dijese que era cáncer, revivir los recuerdos de hace tanto tiempo de manera tan intensa, como un huracán en su etílica cabeza lo descuadró totalmente, pese a lo que pensaba, solo acrecentó ese miedo.

—Está lloviendo mucho Paco, tu hotel está bastante lejos de aquí. Quédate en mi casa y mañana sales temprano para el hotel—propuso Óscar con la amabilidad y calidez provinciana—Además estoy solo, vendrá la casera sobre las 10:00 a dejar unas facturas y poco más. Además habla español jajaja. Nadie molestará.

Se levantó del sofá de un salto cuando llamarón al timbre. Sus neuronas pedían a gritos algo de agua. La casera pensó... se puso la camiseta y abrió la puerta. No podía ser cierto. Aún estaría sumergido en el sueño...

—¿¡¡¡¡Paco!!!?? —exclamó una mujer desde el descansillo de la puerta a la vez que el cuerpo de Paco caía desplomado sobre el marco—

